

JESÚS

¿Eres tú, o esperamos a
otro?

V. A. SANJUR

Obra auto-publicada.
Panamá, República de Panamá.
2014.

¿Eres tú, o esperamos a otro?
Copyright ©2014 por Víctor Aziel Sanjur
E-mail: profvictorsanjur@gmail.com

ISBN: 978-9962-05-832-8

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la impresión total del libro sin autorización del autor. Se necesita permiso escrito al autor, para la reproducción de porciones del libro.

Citas bíblicas tomadas de: La Santa Biblia versión internacional. Revisión 1995.
© Sociedades Bíblicas Unidas.

Contenido

Dedicatoria.....	6
Introducción.....	7
Capítulo I: Las profecías cumplidas	10
Jesús el profeta.....	17
Jesús el redentor.....	21
Jesús el Rey.....	23
Jesús la estrella de Jacob.....	31
Jesús el siervo.....	33
Capítulo II: Muestras de su presencia.....	36
Los ciegos ven.....	37
Los cojos andan.....	41
Los leprosos son limpiados.....	43
Los sordos oyen.....	46
Los muertos son resucitados.....	49
El evangelio es anunciado a los pobres.....	56
Capítulo III: Efectos de su venida.....	60
El evangelio.....	61
La redención.....	67
El respaldo para nuestra misión.....	72
La promesa del Espíritu Santo.....	77

La victoria sobre la muerte.....	83
El arrebatamiento.	89
Capítulo IV: Lo que la gente esperaba de él	97
Un Rey.....	100
Un descendiente de David.....	104
Un Libertador	108
Un Unificador.....	110
Un Pacificador.....	113
Capítulo V: Los que continúan esperando	118
La llegada del profeta Elías.	120
Regreso de los judíos a Israel.	121
Reunificación de las tribus.	125
Establecimiento de la paz mundial.....	127
El conocimiento universal de Dios.....	129
Capítulo VI: El regreso del mesías.....	132
Establecer su reino terrenal.	137
Recompensar al ser humano.....	138
Establecer un reino justo.	141
Establecer un reino eterno.	142
Derrotar al mal.....	144
Conclusión.....	149

Dedicatoria

A mi Dios todo poderoso, porque sin él nada podemos hacer.

A todos los que hemos creído en Jesús y esperamos fervientemente el día de su venida.

A mi esposa por su apoyo incondicional.

A mis padres y hermanos.

Introducción

Todos los cristianos tenemos claros que nuestra fe se fundamenta en el testimonio de Cristo, lo que Jesús nos enseñó durante de su vida es el mejor ejemplo a seguir, y su sacrificio es la razón por la cual nosotros tenemos vida hoy, porque gracias a su muerte y resurrección en la cruz del calvario podemos gozar de una vida en plenitud. Pero a pesar del gran conocimiento que podamos tener del evangelio de Jesucristo y de la prueba de su amor por la humanidad, como fue el hecho de entregar su vida por nuestros pecados, somos testigos a diario de cómo muchas personas dudan de su amor.

Muchos somos los que conociendo la verdad, le damos la espalda a Jesús caminando bajo nuestros propios deleites y viviendo en los placeres de este mundo, a tal punto que ponemos en tela de duda la obra redentora de nuestro Señor Jesús. Es por esto que en muchas ocasiones, afectados por las circunstancias del diario vivir, o por estar sumergidos en constantes problemas, creemos que el Señor se ha alejado de nosotros, y nos llenamos de duda, de desconfianza, y terminamos por no creer en que el Dios de lo imposible es capaz de solucionar todo problema.

Ningún cristiano puede manifestar que aunque sea por un pequeño segundo en su vida la duda a invadido su mente, algunos por poco tiempo, otros durante muchos años, pero lo cierto es que muchos de nosotros hemos pasado por momentos en que hemos dudado de la fidelidad y poder de nuestro salvador. Nadie está exento de dudar, grandes y

chicos, jóvenes y ancianos, nuevos convertidos o maduros en la fe, todos podemos ser víctimas en algún momento de la duda.

Un ejemplo de cómo la duda invade la mente de las personas, es lo que sucedió con uno de los más grandes profetas que haya nacido de mujer, me refiero a Juan el Bautista, quien fue testigo de la confirmación divina de la presencia del Mesías en la tierra, el mismo fue el encargado de bautizar al Maestro, además tuvo la misión de anunciar el ministerio de Jesús y ser el primero en anunciar el evangelio de salvación. Este gran hombre de fe, consagrado al servicio de Dios y dedicado desde su nacimiento a cumplir los mandamientos de Jehová, este gran sirvo, llegó a dudar de la presencia del Mesías en la tierra, tanto así que envió emisarios a cuestionar a Jesús para cerciorarse que si él era lo que tanto habían esperado o debían esperar a otro. Si un gran profeta como Juan fue invadido por la duda, cuanto más se espera de nosotros.

La duda anda rondando y espera cualquier momento de debilidad para invadir nuestra mente y crear desconfianza, a tal punto que cuestionamos a Jesús y sus obras. La duda puede alejarnos de su camino, puede hacer que nos desviemos de su propósito, ya que la desconfianza puede hacernos pensar que estamos equivocados cuando en verdad hemos hecho lo correcto.

Cuántos de nosotros hemos dudado del propósito que el Señor tiene para nuestras vidas, cuantos producto de la desconfianza hemos seguido nuestros caminos, alejándonos del camino de la salvación; si los discípulos, aquellos que caminaron junto al Maestro, llegaron a dudar de él, ¿cuánto más nosotros que no le hemos visto? Lo cierto es que hemos decidido aceptar a Jesús y seguir su camino aun cuando no

lo hemos visto, pero por medio de su palabra y su testimonio hemos creído en él. Pero es preciso señalar que existen millones de personas que a lo largo de la historia no han creído en Jesús, y muchos otros que caminando en su verdad, decidieron ir por la vida bajo los deleites carnales dejando a un lado el camino de salvación solo porque no confiaron en la promesa.

Esta obra presenta un análisis de lo que significó la vida de Jesús, desde antes de su nacimiento, cuando los distintos profetas dieron los primeros anuncios sobre la llegada del Mesías, el descendiente de David, hasta lo que representa el día de hoy, más de dos mil años después de su nacimiento. Al final tenemos libre albedrío, somos libres decidir en quién creemos, somos nosotros los que decidimos en reconocer si Jesús es el Mesías que había de venir. Pero lo cierto es que la profecía ya fue consumada y toda duda resuelta, porque antes de partir él mismo se encargó de responder la interrogante de Juan: ¿Eres tú, o tenemos que esperar a otro?

Capítulo I: Las profecías cumplidas

Desde el momento en que Dios decide instaurar un pueblo terrenal bajo la descendencia de Abraham, Dios promete conformar una nación que reine sobre toda la tierra, esta nación sería la extensión terrenal de su dominio universal, el pueblo de Dios, la esencia de su nombre y su soberanía en la tierra. Dios decide fundar su pueblo en la figura de Abraham debido a que él presentaba una de las características más valoradas por Dios en los hombres, la fe. Hebreos 11.6 lo dice en forma clara: *“Pero sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que recompensa a los que lo buscan”*.

Y es que por la fe el ser humano cree en la existencia de un Dios que se muestra invisible, pero que existe, es vivo y real, al creer reconocemos que hay un Dios sobre los cielos y aceptamos su dominio sobre nosotros, por tal razón Dios valora la fe de los seres humanos. *Por la fe comprendemos que el universo fue hecho por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.* (Hebreos 11.3).

La fe que poseía Abraham fue lo que lo llevo a ser visto por Dios, y ser seleccionado para fundar el reino de Dios en la tierra; el Apóstol Pablo lo explica claramente en su epístola a los Romanos: *“La promesa de que sería heredero del mundo, fue dada a Abraham o a su descendencia no por la Ley sino por la justicia de la fe”* (Romanos 4.13). Jehová,

no solo le promete a Abraham fundar un pueblo, Dios le dice que hará de él una gran nación, para bendición de toda la tierra, y cuyo dominio sería total. A través de un solo hombre Dios levanta un gran pueblo, fundamenta los cimientos de su nación (Génesis 12.1-3).

Pero esta gran nación no se gobernaría sola, necesita de un administrador, un gobernante, un guía, un líder; por tal razón, con la promesa de fundar una nación, también se esperaba la llegada de un rey. ¿O acaso hay una nación que exista sin gobernante? Cuando los Israelitas concretan lo que Dios le había prometido a Abraham siglos atrás, y conquistan la tierra de Canaán, se establecen en el territorio que habían recibido por heredad (Génesis 12.7), inmediatamente lo distribuyen entre las doce tribus. Pero surge la necesidad de tener un liderazgo, la nación no podía gobernarse sola, necesitan un guía, alguien que liderara los ejércitos para la batalla; es así como surge la figura de los jueces, pero con el transcurrir del tiempo, la nación crecía, se hacía más fuerte, la figura de los jueces no tenían esa autoridad para gobernar al pueblo, y es el mismo pueblo que demanda un gran líder, un rey, una autoridad máxima, así como la tenían los otros pueblos:

Y le dijeron: Tú has envejecido y tus hijos no andan en tus caminos; por tanto, danos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones. (I de Samuel 8.5).

Porque la nación no podía existir, sin un líder máximo. Los israelitas empiezan a pedir algo que ya se les había anunciado (Números 24.17), los israelitas anhelan que surja

su rey, su líder de batalla, quien los llevaría a consolidar su nación y extender su dominio. Dios los escucha y les responde (I de Samuel 8.22; 9.16). Así surge la figura de Saúl como primer rey de Israel, y luego la consolidación del reino de manos de David y posteriormente su hijo Salomón.

Con la unificación de las tribus, la consolidación de la nación y la instauración de la monarquía, los israelitas habían alcanzado su deseo, estar a la par de las otras naciones en cuanto a administración política y militar. Pero más allá de este suceso, había una promesa mucho más compleja, un anhelo mayor, anunciado a través de muchas voces, lo cual era el surgimiento de un líder mayor, un gran rey, que llevaría a la nación a alcanzar el dominio total, que fue prometido a Abraham.

Con el transcurrir los tiempos, vino la división del reino de Israel, en el reino del Norte (Israel) y del Sur (Judá), la nación como tal entro en un periodo de crisis profunda que se agudizo cuando el pueblo fue conquistado y desterrado (en el año 721 a.C. Israel quedo sometido a la dominación del imperio Asirio y para el año 586 a.C. Judá fue conquistado por el imperio Neobabilónico). Por lo que la necesidad de un rey que volviera a unificar la nación, reconquistar su territorio y ejerciera un dominio pleno sobres sus enemigos se hizo más evidente y necesario. Pero además el pueblo lo anhelaba, porque los profetas mismos lo anunciaban, entonces se convirtió en una promesa divina, era algo que Dios les había anunciado.